

La Edad de Oro como proyecto de patria y el modelo caballeresco en los panfletos del polemista José Domingo Díaz (1826-1828)¹

BEATRIZ BARRERA PARRILLA

JESÚS RAÚL NAVARRO GARCÍA

Escuela de Estudios Hispano-Americanos. CSIC

Quienes lo sostenían [el pensamiento conservador] parecían seguros de que expresaban el orden natural de las cosas, del que todos los cambios eran desviaciones ilegítimas y al que se habría de volver inexorablemente también por la fuerza natural de las cosas. Por eso el pensamiento político conservador no se expresó sino esporádicamente y, sobre todo, cuando parecía necesario salir al encuentro del adversario y responder a su desafío².

Códigos literarios en la propaganda

Al igual que sus *Recuerdos de la Revolución* (Madrid, 1829), los libelos de José Domingo Díaz son un espacio de confluencia entre su vocación literaria, la aspiración histórica y el esfuerzo propagandístico³. Esas intenciones

1 Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto de investigación “El debate ideológico en Puerto Rico ante la cuestión colonial y la revolución liberal, 1815-1840”, Ministerio de Ciencia y Tecnología, BHA 2002-03302. Trabajamos con una serie de cartas con fines panfletarios impresas entre diciembre de 1826 y febrero de 1828 (Archivo General de Indias, en adelante AGI, Ultramar, 438 y 441 y AGI, Santo Domingo, 2.430).

2 Romero, José Luis: “El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX”, en Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto (compil.): *Pensamiento Conservador (1815-1989)*, Ayacucho, Caracas, 1978, pág. XII.

3 Para una contextualización histórica de la figura de Díaz y su significado remitimos a: Navarro García, Jesús Raúl: *Control social y actitudes políticas en Puerto Rico (1823-1837)*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1991; Navarro García, Jesús Raúl: *Puerto Rico a la sombra de la Independencia continental (Fronteras ideológicas y políticas en el Caribe 1815-1840)*, EEHA /Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan / Sevilla, 1999; Izard, Miguel: *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*, Madrid, Tecnos, 1979. También resulta pertinente la consulta de los siguientes títulos: Grases, Pedro (compil., prólogo y notas) : *Materiales para la Historia del Periodismo*

se reúnen en el carácter eminentemente didáctico y moral de su discurso, que conjuga elementos retóricos de diversa procedencia ante la necesidad de un milagro persuasivo que autorice sus palabras y la causa a la que representan.

Gran parte de la escritura hispanoamericana de la época de Díaz se caracteriza por esa hoy particular hibridez genérica, transposición de la mezcla de lecturas formativas y de intereses tanto personales como colectivos que llevaron a sus autores a las letras. Los lenguajes de la historia, la geografía y la narrativa de ficción se gestaban entonces en una misma matriz, la de una tradición eminentemente narrativa donde el relato testimonial, la necesidad de explicar realidades nuevas, la moral, la metafísica o la estética se fundían irremediabilmente con el compromiso y la intencionalidad política desde los tiempos de las crónicas de Indias. El lenguaje de la propaganda no podía permanecer ajeno a la riqueza de ese código ya maduro, a ese sistema cultural que funcionaba simétricamente en la escritura y la experiencia de la vida y de la historia.

El tratamiento épico afecta tanto al relato o historia de una lucha como a la expresión de sus participantes. Así el propagandista se haría permeable a cuanta figuración emotiva pudiera integrarse en sus pretensiones, sin excluir, naturalmente, su propio autorretrato. Y es que Díaz, al igual que tantos otros intelectuales hispanoamericanos del siglo XIX, no escapó a la necesidad de contaminarse del discurso redentorista capaz de confirmarlo en una función social: “El escritor se imaginó a sí mismo como un Moisés conductor de pueblos que a la vez era una especie de profeta, sacerdote y médium. [...] Él le entregaba [a su pueblo] las llaves de la cultura moderna, como lo hiciera Prometeo, y lo redimía de la barbarie y el paganismo, como lo hiciera Cristo”⁴. Para Díaz, las claves de la cultura moderna no eran otra cosa que el reconocimiento definitivo de unos principios universales y eternos, y él era el elegido para restaurarlos en la imaginación popular.

La propaganda opera siempre sobre un sustrato común de mitos y tradiciones: lo pasado (paraíso perdido) y lo por venir (futuro utópico) están

en Venezuela durante el siglo XIX, Caracas, Ediciones de la Escuela de Periodismo, 1951, y del mismo autor: *Orígenes de la imprenta en Venezuela y primicias editoriales de Caracas*, Caracas, Ediciones del Nacional, 1958.

⁴ Vidal, Hernán: *Literatura Hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis (Una problemática en torno a la narrativa del boom)*, Ed. Hispamérica, Buenos Aires, 1976, pág. 31.

hechos de la misma materia: una eternidad interrumpida por agentes extraños la cual es necesario restablecer.

Tradiciones hispanoamericanas en torno al espacio utópico

La obsesión por el lugar feliz forma parte de las letras hispanoamericanas desde su origen. El imaginario del siglo XVI, retroalimentado en textos religiosos, tradición clásica recuperada por el Humanismo y novelas de caballería, fue extremadamente sensible a las posibilidades míticas del espacio americano. Si en los *Diarios* de Colón el Almirante declaraba encontrarse en el paraíso terrenal, excitando la fantasía de sus lectores y maravillándolos, fue el auge del género utópico en el pensamiento humanista del XVI europeo el factor que aseguró los cimientos de esta tradición⁵, la cual adquirió en América un carácter permanente al identificarse con una geografía y verse fortalecida por la conjunción feliz del *topos* clásico del lugar ameno (*locus amoenus*) y el del lugar abundante, fomentado por la promesa económica que acompañó el relato de la conquista⁶. Entre los siglos XVI y XIX, el retrato y la ensoñación de América como cornucopia y espacio propicio a la utopía, lejos de pasar de moda fueron consolidándose, sobreviviendo a los vaivenes de la explotación colonial y a las distintas sensibilidades de época, arraigando sin problemas tanto en el mito ultramarino como en el orgullo local de los criollos.

Al margen de una América –podríamos ya decir Venezuela– efectivamente fértil y asombrosa o no, el código imaginativo y lingüístico, esto es, cultural, simbólico, mantuvo en Díaz la misma descripción de la realidad colonial de siglos anteriores, asociada a un modelo escasamente evolucionado, dejándonos entender este uso propagandístico que su incidencia iba más allá de la convención literaria y podía alojarse en la vivencia personal del propio entorno cotidiano. La mirada de Díaz sobre el espacio coincide con la de su compatriota y contemporáneo Andrés Bello, la Venezuela de ambos radica en los mismos tópicos (generalmente de tradición clásica: del *locus amo-*

5 Aínsa, Fernando: *De la edad de oro a El Dorado*, FCE, México, 1992.

6 Sobre la valoración positiva del exceso y los principios de la sensibilidad barroca, Ortega, Julio: "Para una teoría del texto latinoamericano: Colón, Garcilaso y el discurso de la abundancia", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núm. 28, Lima, 2º semestre de 1988, págs. 101-115.

enus al *beatus ille*, aunque ya transidos por el romanticismo), si bien el autor de la “Silva a la agricultura de la zona tórrida” emprendería el elogio de la independencia a través de su evocación. Lo interesante es que podemos identificar una sensibilidad de época, un romanticismo ilustrado, que aproxima y casi confunde ambas visiones a través de la representación. Las distingue que en la poética de Andrés Bello, como en el discurso bolivariano, la naturaleza actual aparece juvenil, plena y renovada; para Díaz, el presente es sinónimo de involución, el paraje idílico pertenece exclusivamente al pasado y al porvenir sólo si los venezolanos quieren.

En la escritura de Díaz, la tierra de Venezuela aparece por defecto como espacio ameno y generoso, la edad de oro se presenta como un tiempo de civilización y orden, un no-tiempo en realidad, puesto que lo que percibimos es un estado natural de las cosas, interrumpido por la insensatez de un solo hombre: Simón Bolívar. La pérdida de la armonía, identificada con la anarquía, implica la destrucción del espacio, como insistentemente subraya Díaz. Él propone luchar por un espacio-tiempo perfecto, organizado (esto es, una naturaleza feliz inseparable de una sociedad feliz, es decir, jerarquizada) y en última instancia civilizado según modelo y referente europeos, de herencia feudal y por supuesto de moral y fe cristianas. La aspiración a la felicidad pública del pensamiento ilustrado se confunde con el modo romántico de representación que hace del entorno un espejo del alma humana. Este modo romántico le sirve a Díaz para mostrarnos que la naturaleza venezolana afirma los vínculos familiares entre la patria y sus hijos más queridos: los montes de los Güires “sirven de asilo” a los valientes soldados de las partidas realistas; en ellos están protegidos y son bucólicamente felices, pero hacen el esfuerzo de descender a las llanuras para restaurar el “decoro” y la paz, ejercitar las leyes sabias, “restablecer el culto”, “exterminar a esa feroz discordia que ha empapado de sangre así inocente como criminal el precioso suelo de Venezuela”, etc., es decir, por un juramento y una misión.

Díaz está propugnando la conservación de unos valores sociales de funcionamiento eterno, al margen de lo histórico, que no son otros que los de la antigua sociedad virreinal, un código moral sostenido por la monarquía y la Iglesia, al cual se presupone origen sobrenatural. El pensamiento político conservador del XIX, esencialmente pragmático, consideraba que la realidad era “algo dado, constituido en un pasado remoto, por obra divina o, acaso, por un pacto social que debía mantenerse inmutable o con el menor cambio

posible. Y no se consideraba necesario argumentar sobre un hecho de tan inequívoca evidencia”⁷. Así Díaz lee con toda facilidad el plan de Dios en cada instancia del funcionamiento social y político del régimen pre-independen-
tista, escritura divina que sus enemigos, por soberbia, ignoran y contrarían, pero que para él estaba y está (recordemos que escribe desde Puerto Rico) presente en las leyes de la administración española. Llega a decir que el rey da paternalmente las leyes a “sus pueblos” “como Dios le dio a Moisés las tablas”.

Esta revelación y su carácter religioso aparecen inseparables de la representación de los agentes de la historia de Venezuela: soldados y civiles mártires, reyes santos, ángeles de varios tipos y un profeta: el propio autor. A través de este tratamiento lo que Díaz está planteando es precisamente una cruzada: sus panfletos son llamamientos a la guerra santa, donde el Infiel es, de forma explícita, Simón Bolívar, encarnación diabólica.

El esquema no es nada original en la tradición letrada de la América hispánica. En el siglo XVI, en plena evangelización, Bartolomé de Las Casas fue capaz de retratar a los cristianos como lobos salvajes y mostrarlos más impíos que los turcos, mientras que de los indígenas hacía inocentes corderos cercanos a la santidad, originales y legítimos habitantes del paraíso. El fraile dominico practicó en sus textos una inversión de los valores en uso, manteniendo los términos básicos del planteamiento dominante en su época. No necesitaba reeducar a sus lectores en un discurso diferente sobre la realidad americana, bastaba con proponerles una revelación, la más simple de todas: civilizados y bárbaros se habían intercambiado los papeles, el demonio, animal salvaje, campeaba en Las Indias, devastándolas y convirtiendo el lugar paradisíaco en un infierno. El mismo procedimiento, con menor eficacia, aplica todavía Díaz siglos después: siempre inmerso en un universo confesional, recurre a la eterna lucha entre la Luz y la Sombra (transferida a la dicotomía civilización/ barbarie que marca todo el siglo XIX) según moldes cristianos donde la monarquía mantiene su carácter solar de antaño a la par que la legitimidad del poder⁸. Díaz, al igual que Las Casas, tuvo que trabajar sobre un esquema

7 José Luis Romero: “El pensamiento conservador latinoamericano...”, pág. XIV.

8 Mínguez, Víctor : *Los reyes solares. Iconografía astral de la monarquía hispánica*, Castellón, Universitat Jaume I, 2000 (2 vols.).

ancestral trastocando las referencias vigentes, según las cuales Bolívar habría llevado las Luces (libertad, igualdad, fraternidad) a un territorio oscurecido por la colonia que ahora retornaba a su potencia original.

Estampas del infierno

Si seguimos haciendo caso a José Luis Romero, en el contexto del debate sobre el sufragio, “las clases populares –y para algunos aun las clases medias- no estaban capacitadas para opinar quiénes eran los mejores ciudadanos que podían y debían ser elegidos, no sólo por falta de instrucción, sino también porque, dada su situación social, estaban ajenas a los intereses esenciales del país, a sus problemas fundamentales y a los del mundo entero en el que los países estaban insertos”⁹. En un documento de 1821 sobre las directrices de la propaganda realista copiado por Díaz en Caracas, una de las consignas para reorientar la opinión (el artículo 47) dice así: “Respecto al pueblo no queda otro arbitrio para moverle que halagarle sus inclinaciones y pintarle comparativamente al pueblo el estado feliz que antes gozaba”¹⁰.

Es sabido que la contra-propaganda es más eficaz si antes de proponer o prometer el remedio se trabaja en la toma de conciencia de la gravedad de una situación o problema. Díaz hace precisamente eso, dibujar un panorama del infierno antes de proceder al diseño del paraíso, proponiendo dos figuras complementarias. Ensayo una racionalización simplificada de las circunstancias, presentando causas y consecuencias de forma que no quepa duda del peligro, su origen y la solución. Identificar claramente al enemigo forma parte de este mecanismo, de manera que si el rey solar se ofrece como el magnético príncipe de la luz (caracterizado explícitamente como Febo también en las *Memorias* del entonces Secretario de Gobierno de Puerto Rico, Pedro Tomás de Córdova¹¹), el reino de las tinieblas será propicio como espacio del Anticristo, en este caso un Bolívar pagano, y retratados como su corte de demonios sus “secuaces” o satélites” y sus amigos los extranjeros sin prin-

9 José Luis Romero: “El pensamiento conservador latinoamericano...”, pág. XXVII.

10 Blanco, José Félix y Azpurúa, Ramón: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar, Venezuela. Presidencia de la República, Caracas, 1977-79 (2.ª edición), Volumen VII, págs. 486-487.

11 Córdova, Pedro Tomás de: *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la Isla de Puerto Rico*, Editorial Coquí, San Juan de Puerto Rico, 1968, Vol. IV, págs. 429-430.

cipios. Estos demonios serán “verdugos” de los mártires realistas. El esquema binario enfrenta en una oposición simétrica la concupiscencia de los independentistas al honor de los españoles, la cobardía al heroísmo, la apariencia de los nuevos ricos a la esencia de una nobleza antigua, con valores.

La degradación se haría sensible primeramente a través del paisaje. En la primera carta de Díaz las huellas de la barbarie se hacen evidentes sobre el espacio venezolano, ahora dantesco: “Pueblos incendiados y destruidos”, “ahora cenizas y escombros”, “esqueletos insepultos”; “lugares yermos” (donde antes podía contemplarse la “agricultura majestuosamente”). Díaz destaca a las “viudas inconsolables”; habla de eterno luto, subrayando que se refiere a un orden instaurado al que hay que derrocar, no a una circunstancia, menciona a los “huérfanos desamparados”, a la “falta de pan”, a los “restos de familias”. La estructura social sedentaria, aludida desde la explotación agrícola y la familia como exponentes de la civilización otorgada por siglos de “cuidados paternales”, aparece quebrada por la irrupción de la barbarie: nomadismo, “desorden de pensamiento”, “burla de Dios” y “de las promesas”: “insidia”, “usura”, “traición”, “voracidad” son algunas de las características de esas “hordas” de “nómadas” “sin patria”. También los llamará “aventureros”, “vagabundos”, “bárbaros de oriente”, “árabes”, etc. Los cuerpos insepultos que con tanta insistencia observa Díaz remiten igualmente a un desorden religioso: todo signo de cultura tradicional y respeto ritual está en suspensión, como esperando ser restaurado con la inhumación de los mártires de la guerra, es decir, se nos propone una imagen inacabada: los muertos están aguardando a que alguien les dé cristiana sepultura.

Vemos claramente la impronta tradicional de la cultura hispánica colonial que desde la época de la conquista asimila la construcción de villas y la población y cultivo y explotación de un territorio a la civilización como cometidos y procesos naturales al carácter humano mientras hace propias de las fieras y de los salvajes todas las desviaciones de ese esquema que atribuye a la rebelión bolivariana. Para referirse a la acción de los independentistas (retratados como “enjambre”) habla de “libertinaje”, “seducción”, “perversión”, “invasión” y “turbaciones”, léxico fácilmente asociable a los filósofos que están en el origen ideológico de la Revolución Francesa, pero que sobre todo nos ubica en el concepto de monstruosidad que aplica continuamente Díaz a todo lo relacionado con Bolívar: una malformación o “aborto” de la naturaleza, un despropósito que se desgaja de la fórmula divi-

na del mundo. La idea de la independencia como anomalía se compara en ocasiones a la enfermedad que sufre un “cuerpo social” antes sano que ve alterado su funcionamiento ante la corrupción de sus miembros. También formando parte de la misma alegoría los adeptos a Bolívar serán llamados “parásitos” y “sanguijuelas”, remitiendo a los conceptos y al universo político de la Ilustración, impulsora de la higiene social y azote de vagos y maleantes.

El contrapunto al estado actual de Venezuela lo tiene Díaz en Puerto Rico, que por su fidelidad a la administración española florece mientras Colombia se marchita, en la isla no tiene efecto la propaganda insurgente, los festejos son continuos y la paz es próspera, en un clima familiar donde todos los súbditos están unidos por lazos de amable parentesco. Sin embargo, Díaz no recurre a la identificación de la utopía en Puerto Rico, sino que la mantiene en un horizonte incierto, porque sabe que no se trata de que los venezolanos emigren donde él, lo que necesita es llamar la atención sobre el territorio de Venezuela, por ello proyecta la imagen de la madre-patria violentada y herida por sus propios hijos que reclama ayuda. Para resumir todo en una expresión romántica: Díaz muestra una miseria universal.

Todas las estampas son presentadas como pruebas para contradecir de algún modo a aquellos otros cronistas dominadores de la escritura, autores de la nueva historia oficial, que no ofrecen sino meras palabras sin autoridad. Frente a ellas, Díaz entrega además de textos, testimonios, imágenes, retratos, escenas dramáticas para que en ese testimonio veamos (leamos, como en la carne lacerada de los mártires) los estragos de un sufrimiento ejemplar o de una maldad ilimitada y además de pensar, nos conmovamos.

La edad de oro según Díaz

Una convicción generalizada unificaba a los conservadores hispanoamericanos del XIX, que entendían que sólo un régimen militar podía restaurar el orden, una palabra clave, casi sagrada, en el pensamiento conservador. El “orden” se entendía como lo contrario de la “licencia” o el “libertinaje”, expresiones que aludían a los cambios traídos por la revolución emancipadora. Citamos una vez más a José Luis Romero: “El tema del orden frente a la anarquía fue el más importante entre los que desarrolló el pensamiento político conservador durante las tres o cuatro décadas que siguieron a los movi-

mientos emancipadores y revolucionarios de 1810”¹²: “[El pensamiento conservador] negó de plano la validez del proceso moderno de secularización de la sociedad y afirmó la eternidad y, en consecuencia, la vigencia contemporánea del orden divino”¹³.

En su cruzada personal contra Bolívar incluye entre otras una anécdota que subraya la frontal oposición a la desacralización de los símbolos y figuras del catolicismo: narra, por ejemplo, la muerte de un ministro, y un comentario de Bolívar sobre la necedad de creer en la inmortalidad del alma es un detalle que desata una vez más la indignación del propagandista.

En ocasiones las menciones de Bolívar lo caracterizan como Anticristo: “[los sacrificados a su ambición] repiten sin cesar su nombre abominable”, en una letanía que sería un calco invertido del “Santo” cristiano (donde cielos y tierra “repiten sin cesar el himno de tu gloria: santo eres Señor Dios del Universo”). Bolívar y los suyos, como desde siempre el demonio, en los panfletos de Díaz huelen a corrupción, traen en su raza la pestilencia del infierno, están manchados por el pecado; el rey y la reina mientras tanto emanan “olor de santidad” y un atractivo irresistible, sobrenatural, Dios y los santos les son propicios.

Otro de los aspectos más interesantes de la representación religiosa ha sido la recurrencia reiterada a la imagen de la América colonial como paraíso ahora perdido por culpa de las tentaciones desordenadas e infantiles de los independentistas, especialmente de Bolívar, nuevo ángel caído por causa de su soberbia. De hecho, toda la presentación satánica del personaje a lo largo de los panfletos va orientada a un fin: al igual que Lucifer, su aspiración, nos revela Díaz, es que quiere ser rey, ocupar el lugar de su padre, del que está en una jerarquía superior. También Bolívar quiso ser más de lo que su naturaleza le permitía y se atreve a desacatar la autoridad divina y los principios religiosos, por ello debe ser castigado.

Volvamos pues a la idea, ya apuntada, del “decoro” como pilar indispensable del proyecto de patria de Díaz. Su modelo de utopía contempla el respeto y agradecimiento a los ancestros españoles, ya que “cuando el ilustre Colón y sus intrépidos compañeros arribaron a vuestras costas y fijaron en

12 Romero, José Luis: “El pensamiento conservador latinoamericano...”, pág. XXI.

13 *Ibidem*, XXIII.

Yrapa el estandarte de Castilla la numerosa población de nuestra patria estaba dividida en tribus regulares [...]” y los españoles hicieron de “nuestra patria, entonces salvaje” un lugar humano al darles legislación y orden. De la misma manera evoca a Hernán Cortés aportando la religión católica a un “pueblo supersticioso”, inhumano y feroz que ensangrentaba sus templos. El decoro para Díaz está pues relacionado con un lugar de privilegio natural para los artífices de la conquista y la colonización: “En mucho menos de tres siglos inmensos continentes se vieron ya poblados no de salvajes y feroces habitantes, sino de hombres capaces de competir en su civilización con la mayor parte de los pueblos de la Europa”.

Entre las reglas de urbanidad que deben volver a los usos venezolanos (circunspección en el trato, honradez en lo público, dignidad exterior, etc), Díaz alude a la “recíproca y debida consideración de unas clases para con las otras” y destaca que justamente “el decoro hacía a Venezuela diferente de casi todos los pueblos de este inmenso continente”. La armonía entre las clases sociales precisa para él la aceptación de las diferencias y el reconocimiento del carácter hereditario de los méritos.

Para concluir resumiremos que el proyecto de patria de José Domingo Díaz aparece en su propaganda representado desde los tópicos clásicos que describen la edad dorada, enriquecidos por una moral ilustrada que apunta a los valores burgueses de dignificación por el trabajo pero también por una incipiente sensibilidad romántica a la que Díaz fue permeable. Esos tópicos son básicamente una tierra generosa y abundante que prodiga sus riquezas a sus hijos a poco que la trabajen, y un paisaje armónico propicio a la paz y reflejo de las relaciones sociales entre sus habitantes, perfectamente estructurado en jerarquías y clases que se comportan siempre según su dignidad, fundamentada ésta en la memoria de un pasado heroico, un respeto absoluto a las leyes como a la religión y sus representantes, consciente de que toda autoridad emana de un mismo lugar: el plan político y natural de Dios, cuya revelación el autor nos trae para que no nos dejemos engañar por el Demonio que se manifiesta actualmente en la apariencia de Simón Bolívar.

La caballería como fuente de autoridad

El éxito de la propaganda política reside en gran medida en la caracterización de sus agentes y su adecuación a la causa y al contexto de la recep-

ción. Parte importante del mensaje y también de su fuerza va implícita en la figura del propagandista, que encarna y proyecta en sí mismo un ideario, un universo y la autoridad suficiente para comprender y cumplir las necesidades y los deseos de sus posibles interlocutores. Los destinatarios de la propaganda deben aceptar, antes que el programa que se les ofrece, a la persona que lo expone. La voz que realiza esa función no es solamente el ejercicio de una retórica, sino la zona perceptible de un sujeto implícito, cuyo perfil ético necesita concretarse en una figura reconocible para suscitar confianza.

Cada época construye su sujeto moral autoritario de acuerdo con unos arquetipos culturales heredados (generalmente reciben cultivo literario) que se adaptan a las necesidades del momento y a la causa que los requiere. Lo que queremos proponer es justamente la utilización por parte de José Domingo Díaz, no sólo como espejo de sí mismo, sino de todos los hombres de bien que respondan a su llamado, de una imagen prototípica de la cultura peninsular que pasó a Indias y que permaneció asociada a unos valores morales considerados intrínsecamente hispánicos: se trata del caballero español, y más concretamente de la figura de Don Quijote en lo que al sujeto propagandista se refiere.

A Díaz sus enemigos le dicen burlescamente “el caballero”, pero para él ese apelativo no es un insulto, efectivamente se ve como un caballero andante en el exilio, defensor de la Edad de oro en los términos que acabamos de ver, un humanista ilustrado que lucha con la pluma en lugar de con la espada para mostrar a la gente la degradación que ha sufrido y sigue sufriendo su país al apartarse de la herencia española. Nos ha llamado la atención en este sentido su preocupación por el decoro también en los códigos de cortesía, incluso lingüística, como manifestaciones de la decencia: “Si llega a parecer extraño a los republicanos de Venezuela que al hablar de su jefe se le trate con la cortesía española del Don, también nos parece necesario manifestarles que lo hacemos por no incurrir en la pueril substitución del Señor que han hecho a aquella palabra”, así comienza una digresión pedante a pie de página para dejar claro que los cambios formales traídos por la Independencia, incluso los verbales, le parecen necedad y vienen provocados por la incultura. Díaz es culto, y su altura moral al dirigirse de modo correcto a su enemigo lo ubica en la elegancia natural de los caballeros, legitima así su propia enunciación, se autoriza a sí mismo como vocero y desautoriza ética e inte-

lectualmente a los republicanos. Pero este gesto es solamente un suave principio de lo que será su despliegue de modales y buena crianza.

Años después de la campaña propagandística que nos ocupa, Díaz diría que se tomó el trabajo de publicar sus cartas (libelos) porque se sentiría “culpable con el silencio, pues todo hombre que tenga el menor sentimiento de honradez no debe permanecer pasivo en los momentos en que el genio del mal aparece”¹⁴. Ese genio (traducción del alemán *Geist* entonces de moda) que ataca a los pueblos indefensos, ese espíritu diabólico que arrasa los campos y las vidas se encarnará por lo general en la figura de Simón Bolívar, “hombre nacido para tantos males”, aunque según la necesidad táctica también se ramifica, con menor intensidad, en hombres cercanos a él, como José Antonio Páez o Arismendi.

Tanto el héroe épico como su antagonista tienen un destino señalado, están marcados por una misión y ella los hace imprescindibles: Díaz, paladín de la causa benéfica, se presenta a sí mismo como modelo de desinterés y de compromiso y sobre todo como mensajero de los designios divinos (profetiza frecuentemente o se admira de ver cumplidas sus profecías de otro tiempo), es decir, ejerce como guía espiritual. Porque si es deber de todo hombre “publicar la virtud para ejemplo y el vicio para prevenir sus efectos”, no pertenece a todos la posición de intérprete entre el Bien y el pueblo venezolano, desde la que Díaz va a liberar por la palabra a su patria del acoso del maligno. Ni por un momento dejará de ostentar cualidades angélicas y proféticas (“aquel momento que tantas veces he anunciado”), así como su vínculo directo con el Poder Supremo, sea Dios o su transposición terrenal, el rey (“Yo lo he visto”).

Si el escritor está implicado en la política no parece deberse a una elección personal, sino a las exigencias del momento histórico, que le ha ofertado una misión insoslayable en unas circunstancias de emergencia: “no me es posible dejar de presentar al mundo entero [...]”. Se retrata así como ejemplo del cumplimiento de las obligaciones civiles, que se hacen extensibles a cualquier ciudadano responsable (“es un deber de todo hombre”, dice), ocultando el componente ideológico a favor del imperativo moral: “Yo no tengo más que una vida, y esa me importa muy poco si llega a su término por haber sido

14 Díaz, José Domingo: *Recuerdos de la rebelión de Caracas*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1961, pág. 406.

fiel a mis principios, inviolable en mis juramentos y constante en mi carrera política [...] Poco me importa el odio [...] y el furor de sus hordas”.

Aquí empieza la configuración de la representatividad de Díaz como hombre civilizado frente a los bárbaros y su legitimación como escritor: representar a todos es más que a unos cuantos y él dice hablar por el conjunto y estar actuando por el bien general: “Creo hacer un servicio al hombre de bien engañado y a los pueblos oprimidos”. El tratamiento de un objetivo militar como asunto que pone en peligro al total de los ciudadanos consigue implicar a quienes en principio no tomarían parte. Al hacer de los planteamientos de un bando (monarquía y administración española), la esencia de lo civil, está identificando al conjunto de la sociedad, esto es, la Civilización, con un esquema político determinado, que no es el mejor, sino el único viable de manera universal. El resto, lo que queda fuera de la forma de gobierno legítima, habrá de ser barbarie, anarquía, caos y confusión.

Los rasgos que según Díaz caracterizan el bando español serían, una y otra vez: su “honradez”, su “buena fe y religión”, el respeto del “sacrosanto nombre de Dios”, la “fidelidad en sus pactos”, su valentía (nunca tienen miedo), sus actuaciones francas y directas, su generosidad con los enemigos. Apreciamos claramente el catálogo de las virtudes más tradicionales del caballero español. Los súbditos venezolanos deben estar agradecidos a la corona y a la administración colonial por sus “trescientos años de cuidados paternales”, ya que como acabamos de ver la amistad española fue la que los sacó “del estado salvaje” y los “condujo a la alta civilización” ahora perdida. Esa alta civilización en otros momentos aparece aludida como “las dulces costumbres de nuestros siglos”, revelando el orgullo del científico ilustrado y haciendo surgir un universo galante insospechado, deudor del mundo cortesano de la colonia. El pueblo venezolano, educado por el dominio español, aparece en Díaz capaz y valeroso; solamente alguien como Bolívar en “su aturdimiento” pudiera creerlo “tan ignorante o tan estúpido” como para, por ejemplo, plantear la figura de un censor de la moral pública en su código boliviano.

En el polo opuesto, la caracterización del bando bolivariano abunda en alusiones al desorden y a la falta de honor militar, asociada muchas veces a los deberes religiosos incumplidos, como el gesto de abandonar “indigna y cobardemente los restos de sus parciales”. Los republicanos están mancha-

dos de sangre, son malos soldados, huyen con cobardía, falsean información convirtiendo en victorias sus “completas e ignominiosas derrotas”¹⁵.

Además Bolívar actúa en el “misterio y la reserva” (en lugar de con la franqueza del caballero) porque sus inclinaciones a crearse un “trono” no son conformes a su “malhadada república” (en su lado nadie es fiable ni siquiera para los suyos, todo es doblez). Justamente en este rasgo radicaría, como se dijo anteriormente, la importancia del mensaje de Díaz, en la revelación de la verdadera aspiración del jefe de los republicanos: reinar, ocupar el lugar del rey, falsificar una democracia que sería apenas la fachada de su impostura. Lo curioso es que Díaz consigue poner de manifiesto que efectivamente él y Bolívar coinciden en un sistema político con tendencia a la concentración de poderes, en la proyección central del “hombre necesario” en un cargo vitalicio, entre otras cosas¹⁶.

Las pestilentes (es decir, infernales y enfermizas, que se contagian como la peste, también) ideas democráticas: “libertinaje”, “inmoralidad”, “desenfreno”, “vicios”, apenas son capaces de atraer el apocalipsis a los pueblos (“torrente de crímenes”, “fuego de pasiones injustas y peligrosas”, “indebidas aspiraciones”) y se oponen al orden contenido en las leyes eternas tanto políticas como sociales o religiosas traídas por los españoles. Claro que para ejercer la soberanía ya está designado el rey y no es concebible nadie más adecuado para esa dignidad, Bolívar menos que nadie, precisamente porque no es un caballero, no reconoce a su señor, en su *hybris* de mantuano no es capaz de servir a nadie, menos a la patria.

El retrato que de Bolívar dibuja Díaz, lejos de calumniarlo, se parece bastante a lo que se ha dejado por escrito a la posteridad con acento admirativo¹⁷. Rasgos que a Díaz, más próximo a una mentalidad del siglo de las luces,

15 Es curioso que éste sea el argumento más esgrimido contra Díaz a pesar de que las informaciones que aporta suelen ser exactas. Para los ataques a Díaz todavía en el siglo XX Vicente Lecuna: *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, Nueva York, The Colonial Press Inc., 1956, donde el compilador se aleja de la objetividad histórica para insultar al fantasma de Díaz. Igual sucede en el estudio preliminar y notas que Ángel Francisco Brice dedica en 1961 a su edición de *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

16 Véase Vallenilla Lanz, Laureano: *Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas, Ayacucho, 1991. También Véliz, Claudio: *La tradición centralista de América Latina*, Barcelona, Ariel, 1984.

17 Esta imagen tradicional sería por fin revisada en los estudios de Torres, Mauro: *Moderna biografía de Simón Bolívar*, Bogotá, Ecoe, 1999, y de Hernández Sánchez-Barba, Mario: *Simón Bolívar, una pasión política*, Barcelona, Ariel, 2004, entre otros.

le parecen nefastos, resultan apasionadamente románticos para los entusiastas del Libertador, pero al margen de la valoración que de ellos se haga, coinciden: orgullo, presunción, voluntad caprichosa, arrogancia, personalidad soberbia, propensión al exceso, mal vino... y un modelo implícito, secreto, vislumbrado por Díaz y confirmado por la correspondencia publicada de Bolívar (Busaniche; Lecuna¹⁸): Napoleón Bonaparte. Las implicaciones de esta comparación en el contexto de la España de Fernando VII son muy sugerentes.

Épica cristiana para españoles venezolanos

Desde ese lugar enunciativo que es el de un nuevo Quijote, Díaz va a construir una épica de tradición cristiana para caracterizar a los rebeldes realistas como héroes de otro tiempo reencarnados y se plantea un objetivo típicamente caballeresco: la restauración de un orden civilizado, áureo (la administración española), donde la dama-madre-patria deshonrada recupere su salud y el respeto que merece, lo mismo que al padre-Dios despreciado por los impíos se le debe restituir el culto, prodigando ambos padres simbólicos de nuevo edénicas bendiciones a sus hijos.

El barniz épico de los relatos de Díaz, en tanto que fijador de leyendas, proporciona a sus protagonistas y lo que representan brillo fundacional y legislativo, legítima. El valor de la autoridad, aunque basado en el registro del origen de los privilegios, precisa, especialmente en momentos de crisis, del refuerzo continuo de los vínculos entre jefes y tribu, máxime cuando estos vínculos habían sido quebrados. Esa labor recordatoria y fijadora del origen (español, divino) de la autoridad la reconocemos en los textos de Díaz, concentrado su esfuerzo en un rey santificado (Fernando VII) y su corte de fieles caballeros-casi-frailes desplazados de su hogar pero no de su centro moral: los jefes guerrilleros de los Güires: Centeno, Ramírez, Martínez, Cisneros, Doroteo...

La santificación del rey (también la de la reina) permitirá el espectáculo de todas las bondades del orden divino reflejadas en su espejo terrenal: la

¹⁸ Lecuna, Vicente: *Catálogo de errores...* ; Busaniche, José Luis: *Bolívar visto por sus contemporáneos*, México, FCE, 1960; Carrera Damas, Germán: *El culto a Bolívar*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987.

jerarquía celestial se reproduce armónicamente en la monarquía tanto como en la Iglesia o el ejército. Como en la figura papal, Dios delega funciones en el rey, que habla y actúa guiado por él; la soberanía no puede ser transferida, porque si el mismo Ser Supremo ha elegido a su mediador no hay poder más autorizado para cambiar esta estructura y el vínculo se rompería. Tener la aceptación divina es privilegio del monarca, que es el único capacitado para gobernar y el garante de la armonía de lo divino con lo humano, de una paz próspera (“paz doméstica”, la llama) y un concierto social¹⁹.

El discurso propagandístico de José Domingo Díaz retorna en su configuración mitológica hasta las raíces del nacionalismo español, ofreciendo una refundición de las historias épicas de la Reconquista cristiana a los musulmanes: Covadonga y las montañas asturianas son trasplantadas a los Güires, Don Pelayo se reencarna en Arizábalo. La identidad simbólica de España vista por los americanos se percibe fundada (más o menos conscientemente) en las guerras medievales de religión, es un mito que se explota en los relatos de la conquista de América y que persiste más allá de la Independencia, teniendo un papel importante, como vamos a ver, en el proceso de re-nacionalización de la España de ultramar que pretendió Díaz²⁰.

El arquetipo del héroe caballeresco subyacente a modelos culturales modernos no es exclusivo de la cultura española ni mucho menos, toda Europa hereda y exporta esa figura como referente de civilización, moralidad y cortesía, aunque no con la misma intensidad religiosa. El hombre educado que va solo a caballo renunciando a su hogar para cumplir su destino, una misión justa (la restauración del orden), con la ayuda de Dios, adquirió valencias seculares según cuándo o radicalizó sus virtudes cristianas, algo espe-

19 En el pensamiento de Díaz, no tan simple como pudiera presuponerse escuchando a sus detractores, la máxima cervantina que dice que cada quien es hijo de sus obras adquiere un sentido renovado: para él la nobleza se elige (él es un ejemplo encarnado, fue niño expósito), si bien no puede hacerse lo mismo con la monarquía.

20 Ambas situaciones (Asturias, los Güires) comparten penurias de extrema dureza para los combatientes, que resisten valerosamente renunciando a las ventajas individuales de una rendición por la causa colectiva de un porvenir civilizado, de un orden justo que reintegre sus lugares naturales de privilegio. Con seguridad las circunstancias que vivieron estos dos grupos sin ser transfiguradas por la literatura también serían paralelas, guerrillas atentas al sustento antes que a los ideales, pillaje y necesidades primarias, pero en ambos casos el tratamiento que de ellos se hace sublima los gestos y recrea una guerra santa llena de mártires y de inocentes de rasgos eminentemente cristianos, sacrificados por la barbarie de infieles, mártires que desde un último reducto resucitan y transforman un territorio en nación, o lo que es lo mismo: civilizan.

cialmente necesario en la América del periodo colonial, si tenemos en cuenta que la oposición civilización / barbarie (vigente desde la controversia las-casiana hasta el siglo XIX y todavía), reflejaba literalmente el universo peninsular inmediatamente anterior: los moros salvajes de las luchas entre moros y cristianos ahora eran indios salvajes, a pesar del esfuerzo de los frailes por evangelizarlos y representarlos como corderos y la evidencia de que algunos lo conseguían.

Este poco riguroso pero directo relevo de personajes propició clichés culturales muy sólidos sin embargo, imágenes que el periodo de la Independencia y el posterior adaptaron a sus ilustradas y románticas necesidades. Díaz, por ejemplo, supo aprovechar muy bien el lugar sintáctico del Gran Bárbaro para Bolívar. En su caso la clave religiosa siguió siendo fundamental y la relación entre barbarie y carencia de valores cristianos no dejó de ser una evidencia. Durante la primera mitad del siglo XIX vino a fortalecerse una corriente de pensamiento en defensa del fundamento sobrenatural de la sociedad que transcurría pareja al proceso de desamortización. Admitir o rechazar que la sociedad civil tuviera un fundamento sagrado era el criterio que definía la adhesión política fundamental.

El objetivo, la misión heroica de los nuevos cruzados, seguía siendo la salvación de un mundo, más bien su recuperación para la civilización, en una clara nostalgia del Orbe cristiano de siglos atrás. En este sentido, una de las acusaciones más graves dirigidas contra Bolívar será su paganismo, que lo confirma como encarnación de Lucifer (también será un ángel exterminador para castigo de Venezuela que se dejó seducir por el Mal) y cabeza visible de la Barbarie (lo compara a los “déspotas más bárbaros de Oriente”, sus hombres son, debemos insistir, “árabes”, “nómadas”, “aventureros, “sin patria”; lo llama, a Bolívar, “la Bestia”, “especie media entre hombre y bruto”, etc)²¹. También de esta manera se evoca la aventura del caballero que rescata a la dama, aquí la patria, del dragón monstruoso que la tiene secuestrada. Si quedara alguna duda de la filiación simbólica del retrato bolivariano, Díaz se referirá a él también de forma explícita como “el Infiel” llegando a relacionarlo con Mahoma en una de las cartas.

21 La idea de la guerra santa aparece de forma explícita en Pedro Tomás de Córdova.

En cuanto a los valores religiosos, detalles como la equivalencia entre “delito” y “pecado”, el tratamiento de los desastres naturales como castigos divinos (el terremoto de Bogotá de 1827), la mención a los venezolanos como “el pueblo elegido”, el intercambio constante de elementos y funciones entre el sermón religioso y el discurso político, la enumeración conjunta de festejos monárquicos (natalejos, exequias, etc) y celebraciones religiosas como la Semana Santa o la Navidad son algunas de las marcas que nos indican hasta qué punto la propaganda emitida desde Puerto Rico (Díaz, la Torre, Córdoba) aprovechaba la labor realizada durante la década anterior por el arzobispado de Caracas.

La patria violada

Si la propaganda política consiste en una manipulación de la muchedumbre a través de los instintos, los principales son sin duda el sexual (conservación de la especie) y el combativo (conservación del individuo). Especialmente en un marco cristiano, esto se concreta en el “instinto maternal” o “pulsión familiar”²². Íntimamente relacionada con esta responsabilidad contraída con las personas a su cargo, el señor o el caballero luchará hasta el final por proteger su hogar y la honra de sus damas, representación de su propia dignidad.

Para Díaz, los partidarios de Bolívar no tienen vínculos familiares ni lazos sociales, ya sabemos que pululan, son un “enjambre”, son “parásitos”, “sanguijuelas”, “marginados”, “vagabundos”, extranjeros, gente sin casa ni patria, en resumen: vagos y maleantes; para Díaz: “inhumanos”. No tienen raíces ni principios religiosos, o sea, morales. No dudan en romper familias y convertir vergeles en desiertos: son literalmente “una enfermedad del cuerpo social”²³. La salud de ese cuerpo, es decir, la felicidad pública, precisa pues de un orden, antes que nada un orden, y de unos cuidados, de una higiene que el libelista identifica llanamente con la decencia, una moral pública basada en el modelo insuperable de lo natural, que es eterno: para él y para

22 *Rendeix-te! Fells volants i guerra psicológica en el siglo XX*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona / Institut d'Edicions Diputació de Barcelona, 1998; Rojas Botto, Pedro y Jara Urrutia, Lillyan: *La propaganda política* (Tesis de grado), Universidad de Santiago de Chile, 1956.

23 Ahí vemos cómo sale a relucir la autoridad del médico. Díaz era un médico de prestigio.

el pensamiento conservador de su tiempo, el modelo heredado de la tradición, diseñado por Dios y otorgado a los venezolanos a través de los españoles, la leyes coloniales.

Los afines a Bolívar pretenden que los hijos de Venezuela olviden la clave de la verdadera felicidad y mantienen a la patria devastada y reducida en sus riquezas, son “parricidas”, como “el feroz Bermúdez”, o “cosacos del Cáucaso”, que arrasan la tierra sin respeto alguno. Para Díaz ese suelo es bendito, es una madre sagrada, y quienes queman sus pueblos y destruyen su agricultura no son dignos de llamarse hijos suyos; en cambio serán verdaderos y legítimos venezolanos quienes restauren su honor perdido expulsando a los extraños del cuerpo herido de su patria.

También ha sido atacada la integridad de Venezuela en el aspecto moral, además de la destrucción física de sus campos, pueblos y ciudades, las leyes perfectas e inmutables tanto de la administración española como del culto a Dios están siendo violentadas con distorsiones a través del código boliviano. También la traición a un noble origen por parte de descendientes de conquistadores constituye para Díaz una injuria a la patria: “los nombres venerandos de Losada, Garcigonzález de Silva, Herrera y demás fundadores de nuestra patria” aparecen “manchados y profanados por los crímenes de una parte de sus descendientes”. De esta manera la historia de Venezuela sufre también un desgarramiento íntimo en la visión de Díaz.

No obstante, se propone conjuntamente al problema su solución: “Por mi parte me hallo en el caso de aseguraros que no os resta sino seguir el ejemplo” de “esos hombres dignos del nombre español que en seis años de increíbles privaciones han conservado en medio de las montañas las heroicas cualidades de su origen”. Se refiere una vez más a las partidas realistas de los Güires, claramente aludidos como nobles caballeros: “Ellos –continúa- arrojarán a la nada las desgracias y aun la memoria de lo pasado. Serán para nuestra patria estos años de dolor, de errores y fatalidad como si jamás hubiesen existido.” La cicatrización, garantiza Díaz, será completa y la gran familia venezolana podrá reunirse de nuevo “por los lazos de la sangre, la religión y los más elocuentes desengaños” (se refiere a la momentánea ilusión de la república).

Para concluir diremos que muy probablemente en esta proyección caballeresca y en la evocación de la edad de oro radicará una parte importante de

la capacidad de seducción de Díaz, que lo convirtió en un hombre muy peligroso para la opinión pública de la Venezuela bolivariana. Somos conscientes de que el código simbólico empleado por los propagandistas realistas con sede en Puerto Rico, José Domingo Díaz, Miguel de la Torre y Pedro Tomás de Córdova, difiere poco del utilizado por el bando republicano. Quizá las alusiones a la religión no sean tan frecuentes en este último, pero no se prescinde de ellas²⁴; toda la iconografía monárquica persiste adaptada a la figura del padre de la patria, patria que sigue siendo la tierra prometida, el paraje ameno, el lugar de la utopía. En cuanto a la imagen del caballero, en los textos republicanos continúa presente como modelo civilizador. Pronto ofreceremos un estudio detallado de las semejanzas y diferencias de esa imagen en uno y otro sistema de propaganda.

²⁴ Pino Iturrieta, Elías: *El divino Bolívar: ensayo sobre una religión republicana*, Madrid, Asociación de Libros de la Catarata, 2003.